

DE UNA CORRESPONDENCIA

Tecolutla, Ver., febrero 12, 1980

Claro que la naturaleza y la importancia de detectar el día en que canta el crespín (mejor llamémosle crespín, para no confundir); y aquí tengo una naturaleza que elegí, que inventé con sus pescadores, que me costó y me cuesta parir. Y no sé si será madurez o que me estoy poniendo viejo. Sé que me siento más joven que nunca. Quizás lo que me pasa no sea sino un saludable signo de crecimiento, un sacudir la cabeza ante el mundo y darme cuenta, de golpe, que no soy responsable, que no estoy obligado a entenderlo y explicarlo todo. En resumen: cada día me siento menos incómodo ante situaciones que no entiendo, ante conversaciones a las que permanezco ajeno, frente a explicaciones y respuestas que se me ofrecen y que no he formulado. No te imaginás cómo voy renaciendo a medida que voy terminando de liquidar mis cosas materiales, que me voy quedando con mesas y sillas y catres y libros y discos y papel... y nada más; al andar más "ligero de equipaje" que nunca antes, al corregir mi vieja manía de "huir hacia adelante" para lograr bucear hacia arriba... en un Tecolutla abierto, brillante, amarillo y negro, verde y amable, sonriente y ofrecido como una mujer que sabe que quiere gozar.

Hace ya tres semanas que el "norte" no da tregua. Me he instalado, estoy con un calendario muy loco hasta julio, pero luego traeré mis hijos y seguiré devanándome los sesos para descubrir cuál es mi estado civil.

Resultado de una montaña de lios, he pasado por etapas de poligamia estacional, monogamia seriada, agamia accidentada... supongo que lo correcto sería definir mi situación como ágamo ácrata... y no es nada fácil para mi vocación (?) monogámica, me lleno de despelotes y me jodo. Pero, para colmo, parece ser irremediable porque entre las nativas hay cada criaturas, hay tanta mujer abandonada, hay tantas mujeres solas que francamente qué puede hacer uno más que socializarse y romperse el corazón y las fantasías románticas como sea. Que conste: no estoy hablando del presente, literalmente, estoy simplemente viendo venir las cosas.

Sé que seré derrotado, que es demasiado duro y difícil para las perversiones que ya ineludiblemente cargo. Pero me gusta y me siento vivo y huelo a la gente, me dejo oler... y creo que nos olemos bien. Tengo varios amigos pescadores, lumpens, gigolós ocasionales de playa, mozos de hotel, abarroteros del mercado. Y un maestro patrón que me enseña a pescar, salimos juntos en su lancha y pasamos el día poniendo redes, me paga en especie, me visita en mi casa. Vive a 14 km. de Tecoluitla y voy en bicicleta o de aventón cada día que puedo; llego a su casa a las seis y media y un rato después ya estamos lejos de la costa, sin verla, en el medio de un Golfo que me hace sentir siempre que él es el mar más vivo del mundo. Soy torpe, me enredo, me asustan los tiburones chicos (con los grandes creo que me cagaría) y los cazones grandes... todo esto hace las delicias de Don Apolonio que se muere de risa y gasta horas explicándome cómo se hace, qué relación tiene el color del pescado con su edad, cómo los vientos enturbian el carácter de las personas, que los nervios, que las mujeres... es alucinante, es fantástico!

Con mis vecinas aprendo a cocinar pescado de varias maneras (no olvides que, por mi trabajo, pescado nunca falta en casa), a mezclar chiles y epazotes, me regalan comida, me hacen cómoda la vida y aprendo muchísimas cosas charlando con ellas, con los niños que me limpian el patio a cambio de la fruta: papayas, naranjas y mangos que luego venden por todo el barrio. Aquí todo el mundo vende algo siempre, pero no necesariamente lo mismo. Vienen niños de la colonia popular a ofrecerte empanaditas de pescado a peso, tamales a uno y tostón, jaibas fritas, pescado fresco, fruta... hasta un dactilógrafo a destajo, un limpiador de máquinas de escribir, albañiles en cuanto mencioné la idea de construir-

me un estudio amplio en el fondo. (Si logro vender mi casa de Cba., tiraré la guita en un auto, un estudio, un equipo estéreo bueno...). La gente me saluda ya en la calle, la señora de la carnicería me guarda "de esa" longaniza que ella misma hace, el cartero me conoce, puedo andar en el puerto como si ya casi fuera un pescador.

Y tengo amigos de playa, locos caminantes con quienes nos reconocemos en la mirada. Una playa larga, infinita, solitaria, tan solitaria como sólo lo puede ser la más solitaria de las playas. Conchas, ostiones, trilobites, colores que te llaman, troncos inmensos arrastrados desde, ¿dónde, nudos de madera, arena y metal petrificados, una parte de caldera de un navío antiquísima... y caminar o ir en bicicleta a pescar, juntar cocos, pensando, dándole vueltas a las cosas, sintiendo en la piel el salitre y el trópico.

Ayer me veía bien, es decir, me observaba observando mi pequeñez ante un "norte" oscuro y frío, ventoso, con el Golfo enfurecido que toleraba apenas una estrecha franja de playa. Caminaba por esa franja dorada, dorada a pesar de la oscuridad de las cinco de la tarde con norte en Tecoluitla; tenía a mi derecha una línea de palmeras y trópico, un verde intenso, espeso; y el resto era una enorme cúpula donde mar y cielo eran indistinguibles: me sentía nuevo Adán en una cápsula plomiza, infinita, de un mundo de ciencia-ficción. Y me sentía pequeño porque asumía mi pequeñez, entendía que este mundo no es mío sino que yo soy de él.

Hoy todo es distinto. Asoma apenas un sol, como pidiendo disculpas de no haber podido, de no haber sabido enfrentar al norte. Si las nubes lo descubren más de un parpadeo, calienta con una amable intensidad y deja sentir su presencia solidaria. El Golfo está tan quieto que parece mentira; no hay más olas en el lago más pequeño, no cruje, no hace ruido, no hay habitantes en la playa, han desaparecido las jaibas, cangrejos, berberechos, bichos... como si estuvieran reponiéndose del susto. Las gaviotas están de fiesta: la pesca de arrastrón de esta mañana ha dejado miles de pececillos y ellas picotean salvajemente los ojos de esos cadáveres plateados y tristes.

Estos días han sido y los he vivido. Mientras, busco secretos en mí, en mis pasillos más íntimos, en mis pasillos oscuros, esos que sirven para ver mejor la luz, las señales; en los laberintos más silentes, los que permiten escuchar con más claridad a las voces huecas y gangosas de la venganza, del miedo, del odio, del amor.

Mumo.

La carta, esa que te hace hablar de Artaud. No es cierto, no es publicable y no por "pudor". Apenas por irrelevancia. En serio, debería ponerle mucho trabajo en explicar el origen del proyecto, las transformaciones que sufrió/sufre, las formalidades de volverlo más anónimo sin que perdiera eficacia. Y lo que pasa es que muchas de estas cosas las sé, otras podrían ser descubiertas por un lector que conociera el proyecto original, otras las saben los que vivieron mi proyecto Montemorelos y la ruptura que me trajo a los pescadores. Pero muchas otras yo mismo las desconozco, no sabría cómo median en esta cosa, en este proyecto de vida en el que me he metido; no sé cómo intervienen mis lios matrimoniales, la muerte de Nacha, el fracaso con Delia, las ganas fallidas con Vicki en mi obsesión por/con las mujeres y la dominación sexual; tampoco sé qué tiene que ver, mejor dicho, de qué manera tiene que ver mi visceral rechazo a las instituciones, a las formalidades, con mi preocupación por los campesinos, con lo informal, lo no institucionalizado por un estado, por estas cosas que transcurren en la tranquila y coercitiva presencia real de las relaciones personalizadas; no sé, quiero decir: también ignoro cuáles son los nexos entre mi vida personal (con todas estas chingaderas de por medio) y esta pasión secreta, oscura... casi tenebrosa a veces, por el trabajo de campo, ese trabajo que me exige ejercitar totalmente, hasta el límite, hasta los límites, una "capacidad" de observación lindante con la locura... poner en acto constante una mirada, una forma de ver que aprendí hace muchos años: con Nacha, con Proust, con vos en 1964, introducción a la historia, con, ya, cierta forma de leer, de leer a Evans-Pritchard, a Lévi-Strauss, todos los trópicos aquejados de tristeza y las ambigüedades de África.

Es canijo esto y mi carta resulta, entonces, totalmente irrelevante. Para que tuviera algún interés, alguna coherencia, debería publicar la historia completa de mi vida, y eso es algo que nunca haré yo, esta vez sí por pudor. Y por inseguridad, por miedo, por mis miedos, por esos que ya he resuelto que debo resolver aquí, no en las páginas de una revista, no en pro de la revolución, la lucidez, la mierda occidental. Leo Ferre dice, con todas las letras:

*soy de otro país, de otro barrio, de otra soledad.
meo, eyaculo, lloro.*

*Las palabras que usamos no son tanto las palabras
como una suerte de conducta, a través de las cuales
los analfabetos forman su buena conciencia.*

*Quiero formar mi conciencia aquí, donde me sea difícil, donde me
cueste lo que sea.*

Un abrazo.

* * *

Tecolutla, sept. 18, 1981

*La partida de los amigos fue presentida como una última visita de gente
veraniega y jacarandosa, preanuncio de soledades invernales reflexivas
y siempre tan, pero tan necesarias y plenas de placeres solitarios: pensar,
leer, hablar con Rypdal y Jarret, dejarme llevar con Piazzolla y Milton,
meterme en mis nuevos discos de canto gregoriano... y hablar con las
cosas, las flores, las gotas de humedad que perduran.*

*Y esta mañana, mejor dicho anoche a la madrugada llegó sin aviso el
primer norte, sin ninguna luz, oscuro y ominoso como esos territorios
helados que recorre para llegar al golfo y hacerlo estallar de bravura,
agitarse con toda su bronca achocolatada y espesa, subdesarrollada y
vengativa; llegó silbando de golpe, muy agudamente al comienzo, antes
de que las palmeras gimieran... de gozo?-, y antes de que su bramido
quedara matizado por esa lluvia suave y tozuda, que corroe canales entre
las matitas en vez de abrir surcos como las tormentas de verano. Y el frío
empezó a entrar en la casa y en las calles, y la gente desempolvó frazadas
y chamarras y botas y camisetás: blancos shorts dormirán tristes en
cajones u olvidados por allí.*

Cada vez que amaina la lluvia trazos negros en el cielo, triángulos

movedizos, alas en picados extraños, paralelas que comienzan a hacerse perpendiculares hasta acoplarse suavemente en un sumarse en vaya a saber qué todo: son los patos, millares de ellos que abandonan las hasta ayer cálidas aguas de los esteros y se van para el sur. He visto millares de ellos que salen a cada rato, que aparecen en el horizonte y se mueven, y se juntan esperando buscando mirando cómo se juntan en bandadas más grandes. He visto no menos de 40 formaciones tupidas entre las 11 y las 15 hs.

Y luego, mirando correr las nubes desde mi terraza, luego de pasear por la playa y comprobar que efectivamente este ha sido un norte, que se ha comido toda la playa y que golpea en el oleaje las bardas de los hoteles, mirando desde la terraza, digo, empezaron a aparecer los pájaros que uno nunca ve. Los rojos y los azulejo-amarillo. Aparecen los "diablillos" y los "azulejos". Son hermosos, tan coloridos que parecen increíbles. Pero, no cantan, son de los pájaros vistosos pero que no cantan... Los que cantan maravillosamente son invisibles, casi nadie ha visto los pájaros primavera y es difícil ver un zorzal.

Estas dificultades de la clasificación según la lógica de las cualidades sensibles me trajo a la cabeza el problema de las pieles. Tenemos (digo, nosotros, los "occidentales") un criterio de color para las pieles y sobre ello montamos un estética y un sistema de valores sociales. Pero nos olvidamos de otras maneras de clasificar las pieles, clasificaciones no visuales sino de otro tipo. Ya lo dijo Jenófanes en el siglo VI a.C., en un fragmento de su poema: Naturaleza de las cosas:

"Si Dios no hubiese hecho la piel morena, los hombres pensarían que los higos son más dulces de lo que son".

Y las pieles morenas tienen la tersura de un mango al sol, y huelen con ese olor a dios que dios se dió.

Y al atardecer, golondrinas tardías y pocas buscan hacia dónde ir porque casi todas se fueron ya. Es triste.

Mumo.

Tecolutla, ver., octubre 27, 1983.

Me he pasado un mes recorriendo comunidades pesqueras de Baja California (la península entera) y la costa chiapaneca. Creo que esto del trabajo de campo es mi verdadera vida, lo que me gusta hacer: conocer gente, platicar con viejos, escuchar historias, bucear abulones y hacer trampas para langostas; me cago con los pescadores locos del Pacífico que salen en lanchitas a matar tiburones que luego no caben en la lancha y que hay que destazar en el agua. He visto la gringuidad de Baja y los miles de "cachucos y chapines" refugiados de la guerra, una guerra que (¡los reaccionarios tiene razón!), ya está a las puertas de México (Cachuco=salvadoreño; chapín=guatemalteco). He comprado anzuelos, arpones, canoas, cayucos, trampas, redes; he grabado historias de peces gigantescos, de pescadores ahogados, de barcos fantasmas, de la vida de antes; he tomado fotos de lugares increíbles. He conocido pescadores que parecen mineros porque explotan placeres de mariscos desde campamentos costeros... he viajado mucho, en avión, en barco, en lancha, en patrulleros de la marina, en ferry... y ahora me voy para Campeche en un auto que me han dado: un Ford LTD Guayín 1981 que parece un buque y gasta como un avión.

Un gran abrazo.

Mumo.

